

"CHICUELO"

EL TORERO DE LA GRACIA

III

"Chicuelo" llega tarde a Zaragoza. - Triunfal debut en Sevilla. - A "Manolete", crítico de Valladolid, le pareció el mismo "Joselito". - Pérez Lugín se rinde.



Cuando «Chicuelo» comenzó su ascendente carrera hacia la fama, ya está José, «Joselito», en la cúspide. Era el amo y señor de la torería. Por si fuera poco, a José le replicaba «por todo lo alto» el otro as de la baraja: Juan Belmonte. En aquel instante era difícil abrirse camino... Buono era «Joselito» para dejarse pisar el terreno por nadie...



«Chicuelo» sufrió a lo largo de su vida torera muchos percances. Algunos de ellos graves. La foto recoge una de esas cogidas... La primera de ellas tuvo por escenario la Plaza de Barcelona. Allí, en aquella arena, recibió Manolo Jiménez el bautismo de sangre

«Chicuelo» en sus años mozos. La foto es de los días en que Manolo Jiménez era aún novillero pero se preparaba ya para la alternativa, que recibiría, al fin, en Sevilla

NO estamos los españoles muy ufanos de nuestros ferrocarriles. Cabe, sin embargo, consolarse pensando que en 1918 el servicio sería evidentemente peor. Mérito especial de los toreros entonces era remontar cifras que rondaban ciento de corridas trasladándose en trenes lentos o en automóviles rudimentarios. Cuando «Chicuelo» se abre de capa la primera vez, Sevilla comenta todavía la llegada del primer automóvil del coche de Reverte. Una bañera con ruedas conducida por un hombre de sombrero ancho. Por su parte, la aviación se hallaba en mantillas. Hacía poco que Bleriot cruzaba en un monoplano el canal de la Mancha y la gente se hacía lenguas porque Madrid había empleado tres días en ir de París a Madrid por los aires.

Por si fuera poco el atraso técnico, la red modestísima de nuestros ferrocarriles sufría los embates de la vida nacional, amenazada de ruina por la muerte, entre colapsos que en vano querían evitar los gobiernos de concentración nacional. Las huelgas aumentaban los clásicos «retrasos» y la gente esperaba en los andenes interminablemente la llegada de los convoyes. Manuel Jiménez, «Chicuelo», por eso tiene un anecdotario completo sobre las mil incidencias que los transportes marcaron en su carrera taurina.

El día 30 de agosto de 1918, por ejemplo, en la Plaza de Zaragoza no cabía un alfiler. Se había anunciado toros de Terrones para Antonio Márquez y Manuel Jiménez, «Chicuelo», y la afición había respondido. Eran las cinco de la tarde y el señor Peralta, que presidió, se dirigía a su puesto. La Plaza, sin embargo, se consumía de impaciencia porque uno de los diestros no había llegado. Menos mal que la empresa preparó un «centenario» la lidia de un becerro por el novillero Jesús Vicente. Menos mal también que Jesús Vicente puso pesadísimo con el pincho. Gracias a ello «Chicuelo» llegó a tiempo. Y llegó después de mil peripecias, valiéndose para el último tramo, desde Casetas, de un mercancías, dentro del cual se vistió de luces, ayudado por su tío Zocato. Una mala partida del tren, que había de tomar en cierta estación, y que no llegó, sabe Dios por qué largas razones de orden técnico o social. Lo cierto es que «Chicuelo» alcanzó el impaciente redondeo en el preciso instante en que los clarines daban la orden de lidia del primer Terrones, que había de responderle.

No tuvo suerte ciertamente «Chicuelo». Ni tampoco Antonio Márquez. Los Terrones, por muchos dos y faltos de peso, no se prestaban al lucimiento. Para completar, eran mansos. Y el público manifestó contra el ganadero en una irridada por testa de hora y media. Contra tanta barrera de obstáculos — el tren, el ganado y el día desparejado — «Chicuelo» triunfó y dió la vuelta al ruedo en sus dos novillos. La labor de Márquez no

igual de brillante. Pero gustó también. Y un crítico pudo decir de aquella «novillada juguete», como la tituló: «Aun así, nos divertimos.»

Aquella fué la primera salida de «Chicuelo» de la geografía adicta de Salamanca y alrededores: Alba de Tormes, Guijuelo, Tejares, Valladolid... Y una vez, a San Sebastián. Orejas, aplausos, vueltas clamorosas al anillo, ovaciones, orejas y rabo... Así transcurrió esta primera parte, entre becerrista y novillero, del arte de «Chicuelo». Cuando va a Valladolid, en el «Regional» se escribe: «Nos recorrió mucho al que hoy es amo de todos, a «Joselito», el día en que debutó en esta Plaza de becerrista. El mismo dominio sobre el toro, el mismo arte, aunque más valiente, y hasta casi, casi la misma cara.» Debajo de la crónica, esta firma: «Manolete». Y «Manolete», poco después, recuerda sus propias afirmaciones: «Dijimos el 27 de agosto, cuando este torerillo debutó, que tenía mucho parecido con «Joselito». Hoy diremos que es «Joselito» mismo con una mejora: tiene cariño a la suerte de matar, cosa que el amo de todos los toreros no ve con buenos ojos.» Queda por saber si no vea con buenos ojos a la suerte de matar o a «Chicuelo», «el torerillo» que pronto iba a ser proclamado «el torerazo» en los versos de un revisitero, que parodió los que en su día hiciera Don Mosto a «Bombita» en su tribuna de Madrid:

Tu alias, "Chicuelo", ¿es un camelo?
¿Por qué a tan gran torerazo
le hemos de llamar "Chicuelo"?
Será mejor ¡¡¡"Chicuelazo"!!!

Otras plumas escribieron ditirambos no menores: el coloso, el ídolo, «Chicuelo vencedor»... Era la época del periodismo barroco, cuando ser redactor de un diario era saber hinchar el perro de los telegramas esmirriados o de las breves conferencias telefónicas. En los periódicos en que se da cuenta del lance de «Chicuelo» para llegar a Zaragoza se dice, por ejemplo, que el empresario estaba más apurado que Ludendorf en el frente occidental, y que salió con bien por saber más de



Un pase de muleta de «Chicuelo». Quieta la planta, erguida la figura... como mandan los cánones...



... y otro muletazo del sevillano, mandando con la derecha a un toro de afiladas defensas (Fotos Archivo)

operaciones que Hindenburg. Y para hacer ver la dificultad del ganado, precisamente con ocasión del debut en la Plaza aragonesa, sentencian: «Los toreros proponen y los buyacos disponen.»

Los sevillanos tuvieron las primeras impresiones directas del arte de «Chicuelo» —aparte las encerronas que tuviera en su ciudad— con motivo de una novillada de Linares, en la que se dijo que «Chicuelín toreó al estilo belmontino». «Manolete», el crítico de Valladolid, no lo creía así, pues la condición de belmontino se la adjudicaba al torero de Juan Luis de la Rosa. En verdad, ni lo uno ni lo otro. «Chicuelo» pronto demostró que no toreaba como Belmonte ni como «Joselito», sino como «Chicuelo».

La expertísima Plaza de Sevilla había de registrar esta singularidad del arte del torero de la Resolana, por el barrio en que se crió y se educó, asistiendo, formalito y aplicado, a la escuela de primera enseñanza. En la Maestranza, después de haber triunfado en las Plazas castellanas, en Zaragoza, en Barcelona y en San Sebastián entre otros cosos de abolengo, se presentó el Sábado de Gloria de 1919. Con él formaron terna «Juanillo

de las Puertas», hoy «El hombre gordo», popularísimo torero bufo, y Lorenzo Gracia. Los novillos fueron enviados por Albaserrada. Los aficionados recuerdan bien la faena de Manolo al primer novillo. Basta decir que se le otorgaron las dos orejas y el rabo. Y que esto ocurría exactamente a los cuatro años en que se concediera en Sevilla la primera oreja de su historia taurina, precisamente a «Joselito», y hallándose en la presidencia don Antonio Filpo, sevillano de pro y abogado de rango.

Tenía mucha fuerza «Chicuelo», lógicamente, y no aceptó torear en Sevilla sino con un mínimo de cinco novilladas. Entonces lo inteligente en la administración de un torero eran muchas corridas. Hoy resulta que lo inteligente es lo contrario. Lo cierto es que «Chicuelo» contrató cinco, y que, en la práctica, tuvo que torear algunas más. En la segunda novillada, con ganado de don Félix Suárez, cortó las dos orejas del sexto. En la tercera, de Concha y Sierra, con «Rodalito» y «Niño Mora», orejas y rabo. Y así sucesivamente...

Era natural por eso que afrontara la prueba del doctorado. No tenía prisa porque, «niño prodigio» del toro, que «había nacido sabiendo», acababa de cumplir los diecisiete años. Pero entonces los toreros no se median por la edad, sino por el empuje. El arte taurino tenía sus tiempos, sus reglas, sus normas de honor, al margen de principios comerciales. «Chicuelo» contrató para 1919 57 novilladas, aunque no las toreó todas por accidentes de sangre. Y esta cifra en un año, para un novillero, no tenía más que una salida: la alternativa.

El bautizo de sangre lo recibió «Chicuelo» en esta temporada, y en la Plaza de la Ciudad Condal. Un novillo de Veragua le hirió en un brazo. La herida era insignificante; pero la enfermería... En resumidas cuentas, que hubo infección y que Manolo perdió algunos espectáculos. En Sanlúcar de Barrameda también tuvo un percañe ligero, que le retiró en varias fechas importantes de los ruedos. Aun así, las novilladas que toreó sumaron 44. Un verdadero récord, si tenemos presente que, a partir de la feria sevillana de septiembre, toreó como torero, y en gran número de corridas por cierto. El becerrista se había hecho maestro en un santiamén. Un maestro que se superaba y que ofrecía cada día algo nuevo. Pérez Lugin (don Alejandro) lo supo bien una vez. Había toreado magistralmente «Chicuelo» y se acercó después de la corrida a felicitarle. «No te saldrá otra faena como ésta...», le dijo. «Chicuelo» se mostró contrariado y objetó: «¿Por qué no?» Al día siguiente «Chicuelo» se mejoró a sí mismo, y cómo sería la cosa, que Pérez Lugin, desde la barrera, arrojó al ruedo las cuartillas y el lápiz de las notas. Era la manera más elocuente de rendirse.

DON CELES



Don Alejandro Pérez Lugin, que hizo popular el pseudónimo de «Don Pio», se rindió al arte del torero de «Chicuelo». Un día le había dicho: «No le saldrá otra faena como ésta». Pero Pérez Lugin se superó al día siguiente a sí mismo... Y «Don Pio», cuando el sevillano dio la vuelta al redondel, le arrojó como una cariñosa ofrenda las cuartillas